



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

FILIACIÓN DIVINA PERSONAL SEGÚN POLO

B. MEDINA

Introducción

La *Antropología trascendental* de Leonardo Polo me ha abierto un panorama apasionante. Acudí a su estudio con la ilusión de comprender mejor al hombre en general, sabiendo que sería el camino para comprender mejor a quienes tengo cerca de mí y por supuesto a mí misma. Esta ilusión se ha visto confirmada con creces. Asomarme a la realidad compleja de lo que es el ser humano, su naturaleza, su esencia, la persona que es, ha sobrepasado mis intenciones primeras mostrándome un horizonte insospechado.

En algunas ocasiones solo he vislumbrado las aportaciones de Polo en este campo, sin haber comprendido del todo sus consecuencias, pero ha sido suficiente para que se haya abierto ante mí un paisaje inmenso, desconocido para muchos y tan necesario para asentar quiénes somos.

He querido realizar el trabajo sobre este tema porque me parece de muchísimo interés poder ampliar la realidad de ser hijos de Dios a todas las personas que la filiación divina sobrenatural aplica solo a los

bautizados. Hablar de esta verdad sobre el ser humano es dar a conocer lo más radical de él: que es hijo. Algunos somos padres, hermanos, sobrinos,... pero todos somos hijos. Es lo que nos define por excelencia. Despejar esta realidad, acercarla a otras personas, me parece de gran ayuda para que, conociéndonos mejor, gestionemos, mejor también, nuestra vida.

Vivimos en un mundo en el que cualquier vinculación familiar, y en particular, la relación paterno-filial, está en crisis, entre otras cosas, porque se potencia la autonomía de cada hombre frente a los demás. Se ha extendido la idea de que cada uno debe ir en busca de su felicidad en solitario. Es el mito de la autorrealización. "Queremos existir por nosotros mismos, en lugar de existir gracias a la mirada de Dios; pretendemos vivir a partir de nosotros mismos, y no recibirlo del don gratuito de Dios".¹ Cualquier tipo de dependencia se aprecia como una carga de la que hay que deshacerse, o al menos intentar no imponerla. Se ve como una debilidad la necesidad del vínculo o la dependencia. Se mira con miedo la llegada de la ancianidad por lo que supone de dependencia y no se aprecia el cuidado de los demás como una aportación positiva también para quienes la ejercen. Hasta el punto de que algunos matrimonios han convertido sus vidas en caminos paralelos que comparten alguna actividad y la casa, mientras el resto del tiempo, viven su vida individualmente, buscando saciar sus ansias de felicidad sin tener en cuenta al otro. A la par que esta cultura se impone, crece el número de personas que viven una soledad existencial terrible, agravada cuando se llega a la tercera edad. Frente a este discurso mayoritario en la cultura actual, descubro la propuesta antropológica de Leonardo Polo, de gran profundidad y acierto para estos tiempos que vivimos. En ella se define a la persona como coexistencia libre, cognoscente y amorosa, por lo que podemos deducir

¹ PHILIPPE, J., *Si conocieras el don de Dios: aprender a recibir*, RIALP, Madrid, 2016, p. 26.

que no tiene sentido pensar en una persona sola, porque Dios nos ha creado vinculados; que la dependencia entre unos y otros, más radicalmente entre padres e hijos, es originaria y por tanto obviarla o ir contra ella, nos despersonaliza. Por ello la infelicidad, la soledad y el desasosiego de tantos, que dejándose llevar por la creencia de que somos autosuficientes, pretenden sacar adelante sus vidas en solitario.

La vida se le presenta al hombre como un proyecto a realizar y no como algo acabado. Para ese proyecto necesita saber hacia dónde se dirige, con qué medios cuenta, con quiénes va a hacer el camino y por encima de todo el sentido final de ese viaje. El estudio de la *Antropología trascendental* de Leonardo Polo viene a desvelar estas preguntas y muchas más.

Más allá de estas reflexiones, también acapara mi interés esta verdad de la filiación divina personal, pues le da sentido pleno a las palabras de San Josemaría Escrivá: "No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios"².

1. El hombre un ser en el universo

Dios crea el universo con un acto de ser que es único. Acto de ser que es la consistencia (comienzo que no cesa ni es seguido³, es decir comienzo siempre activo que no acaba de llegar al después) que refiere a un Origen y la vigencia mutua entre ellos. Lo crea con toda la potencialidad para desarrollarse y por la inercia de esa capacidad, se va extendiendo y multiplicando. Pero todo remite a una misma finalidad. Por eso se entiende que Leonardo Polo diga que todo el universo (como ser extra mental) es una sola criatura. Un acto de ser único. Es en este contexto, el universo, en el que Dios crea a la persona. Encarnado en el espacio y el tiempo, el hombre llega al mundo y desde que nace se sabe

² S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *ES Cristo que pasa*, RIALP, Madrid, 1973, n. 13, p. 51.

³ POLO, L., *Nominalismo, idealismo y realismo*, EUNSA, Pamplona, 1997, pp. 218-222

en un entorno distinto de él que tiene consistencia y existencia al margen de sí mismo. Es el lugar en el que nace y debe crecer.

El hombre es, en palabras de Leonardo Polo, un espíritu en el tiempo. Nacemos encarnados en un cuerpo (nuestra naturaleza), materializado en el tiempo, cuya causa eficiente es la unión de nuestros padres de los que heredamos muchas características. En nuestra naturaleza albergamos sentimientos, sentidos y apetitos que no llegan a determinarnos del todo. En este nivel, el parecido con otros seres humanos es muy grande. De hecho la medicina se puede ejercer por la gran similitud que existe en los humanos entre sí. Nos manifestamos a través de nuestra esencia que ya no es material. El ápice de la esencia es el alma, que vivifica, le da vida al yo. Y además está formada por el hábito innato de *sindéresis* y los hábitos adquiridos junto con unas potencias que vamos desarrollando a lo largo de nuestra vida: la *sindéresis* es el disponer según nuestra esencia con nuestra naturaleza. Nos permite vivir en el mundo, ser habitantes del universo, aunque no parte de él. También ilumina las potencias de la inteligencia y la voluntad. Y los hábitos adquiridos por el desarrollo de estas potencias.

Además poseemos el hábito innato de los primeros principios, que nos abre hacia lo exterior y nos sitúa como seres distintos de lo que vemos fuera de nosotros. Nos da noticia de que lo que vivimos es real. Y el hábito innato de *sabiduría*, que nos abre hacia nuestra intimidad y aunque sin llegar a darnos a conocer del todo, nos hace saber que somos otro respecto a los demás hombres. Gracias a este hábito nos podemos acompañar.

Con todos ellos vamos adquiriendo algo de singularidad respecto a los demás. Ya no somos todos tan parecidos. En la forma en que afrontamos nuestras circunstancias, desplegamos nuestras potencias o decidimos desarrollar nuestra vida nos vamos perfilando como seres manifestativamente diferentes, aunque aún guardamos ciertas similitudes. Esta sería la razón de que, por ejemplo, tenga sentido hablar de

clasificación de caracteres en el hombre. En un nivel superior se encuentra la persona que somos: un espíritu cuyos trascendentales (ampliación de los trascendentales metafísicos) son según la aportación de Polo la coexistencia libre, cognoscente y amorosa, abierta a Dios que es el origen del cada quién que somos, abierta a los demás seres humanos y al resto del universo.

Cerrar los ojos al nivel personal, en el hombre, nos lleva a creer que la autorrealización del yo es el sentido último de nuestra existencia. El yo se declara a sí mismo sujeto autoconsciente para poder sustituir al sentido personal, que ha rechazado proponiéndose como sujeto. El yo se autoproclama su propio origen y por eso espera que su autorrealización sea el camino a su felicidad. Y podemos estar dedicando toda o parte de nuestra existencia a proyectos, iniciativas, en los que fundamentamos el sentido de nuestra vida. Pasados unos años, en el momento en que damos por realizados esos proyectos, caemos en la cuenta de que debemos buscar un nuevo proyecto que sustituya a los anteriores ya alcanzados. Y así sucesivamente sin llegar a la plenitud. Porque ninguno de ellos nos da el sentido pleno de nuestra vida, la razón de nuestra existencia personal. El yo es superior a todos esos proyectos, por lo que no llega nunca a ser feliz, a colmarse con ellos. Cerrarnos al sentido personal y que el yo tenga pretensión de sí, nos deja insatisfechos. La solución estaría en abrirnos a la dimensión personal que a su vez nos remite a su origen: Dios. Me vienen a la memoria unas palabras del cardenal Van Thuan en un momento de mucha dificultad interior, pues se encontraba encarcelado y separado de sus fieles, sin posibilidad de llegar hasta ellos. Estaba desolado, pensando que no podría llevar a cabo las obras a las que estaba dedicando su vida, hasta que en su interior le resuenan estas palabras: Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has hecho y deseas seguir haciendo (...) es una obra

excelente, son obras de Dios, pero no son Dios!⁴ Nuestro yo queda insatisfecho por mucha trascendencia que tengan nuestras obras, pues siempre serán inferiores a nuestro sentido personal. Las obras son manifestación de la persona, pero no la propia persona. Solo una persona que pueda descubrirnos quiénes somos podrá saciar esa búsqueda. El sentido que debe descubrir el yo es cómo Dios nos conoce, la luz que arroja ese conocimiento, lo que supone una ampliación de la mera existencia a la coexistencia, es decir apertura, primero de todo con quien es nuestro Origen. La ampliación de la simple existencia a los trascendentales humanos que, como dijimos anteriormente, propone Leonardo Polo, son la coexistencia libre, el conocer personal y el amar personal. En palabras de San Agustín: 'Nos has hecho Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti'.⁵ Nada de un nivel inferior puede alcanzarnos el sentido personal de nuestra vida. Solo la apertura a la dimensión personal que a su vez nos remite a Dios, es camino seguro para alcanzar cierta plenitud. Aunque esta apertura a Dios no parece estar diseñada para esta realidad que conocemos. Tenemos la experiencia de buscarlo sin llegar a conocerlo del todo. Parece que el reconocimiento de nuestro origen en Dios y nuestra relación con Él, están diseñados para una vida en la que el encaje entre las distintas dimensiones del hombre sea perfecto. Y tenemos experiencia de lo contrario, de tener interferencias entre ellas. Aun así, la apertura a la trascendencia, nuestra búsqueda hacia el principio de nuestra vida es camino hacia el sentido personal de cada uno.

2. *El hombre como ser creado*

La antropología trascendental de nuestro filósofo, es fruto de su novedosa aportación metódica a la hora de estudiar los grandes temas de

⁴ VAN THUAN, N. F.X., *Cinco panes y dos peces*, CIUDAD NUEVA, Madrid, 2001, p. 25.

⁵ S. AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1, 1.

la filosofía: el abandono del límite mental. Leonardo Polo dice que “el conocimiento operativo es el conocimiento inferior. Por encima de él existen otros niveles o modos de conocer. (...) Si el conocimiento operativo no es el más alto, no puede agotar lo cognoscible. Por eso no se puede conocer lo trascendental de manera objetiva”⁶. Considera que el conocimiento objetivo, la abstracción, es un límite. Lo que pensamos objetivamente no es la realidad sino como una fotografía de esa realidad, una imagen sin movimiento. Y lo que propone para conocer los temas trascendentales como el universo físico o el hombre es abandonar ese límite mediante conocimientos superiores como el de los hábitos innatos, descubiertos ya por la filosofía clásica o los hábitos adquiridos por la inteligencia. Es decir, ir más allá de nuestra propia razón, o hacer crecer la razón.

Este método para alcanzar “lo trascendente”, el *abandono del límite mental*, lo divide en cuatro vías, según sea el hábito por el que abandona el pensamiento objetivo:

- 1) despejar la presencia mental, a través del hábito innato de los primeros principios. Esto nos abre al acto de ser de la realidad extramental que advertimos como la consistencia que nos refiere a un origen y a la vigencia mutua entre ellos.
- 2) Eliminar la presencia mental a través de los hábitos adquiridos de la razón, lo que nos abre a la esencia del universo, la tetracausalidad.
- 3) Despegarse de la operación inmanente de pensar para alcanzar que la intimidad es superior a esa propia operación, nos lleva a al acto de ser de la persona, a través del hábito innato de sabiduría.
- 4) Demorarse en la operación de pensar para notar cómo conocemos y alcanzar la esencia, la manifestación humana, a través del hábito innato de sindéresis.

La más alta de estas vías es la tercera, por llevarnos hasta el acto de ser personal, y nos presenta al ser humano como una realidad compleja,

⁶ POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, RIALP, Madrid, 2019, p. 2425 y 2492.

que analizaremos sin exhaustividad con el objetivo de llegar a la conclusión de la filiación divina personal.

Cuando llevamos a cabo el abandono del límite mental por la tercera dimensión, alcanzamos a la persona, al acto de ser personal y se descubre que la intimidad humana es coexistencia libre, cognoscente y amorosa. La coexistencia libre, en palabras del profesor Sellés, "es la apertura íntima, la apertura como ser"⁷. Estas perfecciones - siguiendo de nuevo a este autor- reclaman la existencia de otra persona coexistente y abierta a la precedente"⁸. Por tanto constitutivamente abiertos hacia afuera y hacia adentro. Al universo, a otros seres, a otras personas creadas y sobre todo a Dios, nuestro origen, que nos precede. Cognoscente porque nos reconocemos, nos sabemos luz transparente. A través del conocimiento personal nos conocemos, aunque no del todo. No somos capaces de iluminar enteramente nuestro interior, ni mucho menos el interior de otras personas, pero nos reconocemos existentes, somos luz transparente. Buscamos una réplica que nos revele quiénes somos sin llegar a alcanzarla. Tenemos conciencia de nuestra propia existencia, nos acompañamos, nos abrimos a la propia intimidad, aunque sin llegar a aprehenderla del todo. Este conocimiento personal va en pos de la verdad a la que no podríamos acceder sin él. Y amorosa. El amor es personal porque cuando amamos estamos totalmente comprometidos en ello, todo nuestro ser se involucra. El amor personal requiere que sea dirigido a alguien, puesto que requiere la reciprocidad. Este amor busca una réplica, otra persona que pueda iluminar nuestra intimidad porque nos conocemos como seres amantes pero no llegamos a descubrir del todo nuestro interior. Este amar personal va en busca del bien y tiene una triple dimensión: dar, aceptar y don. En esta terna nos movemos. En el ser humano, por su condición de criatura, lo más radical es ser amado y como

⁷ SELLÉS, J.F., *Antropología para inconformes*, RIALP, Madrid, 2011, p. 516.

⁸ SELLÉS, J. F., *Leonardo Polo*, *Philosophica*, enciclopedia filosófica online, versión de archivo 2013. ISBN 2035-8326.

la iniciativa siempre parte del Creador, lo primero es aceptar que somos amados. Aceptando el amor de Dios y de otras personas nos capacitamos para dar nosotros también ese amor a otros. Lo que damos, el don, ya no es a nivel personal sino manifestativo, pues debe concretarse en algo no en alguien. No podemos dar nuestra persona pues no nos poseemos del todo. Todo esto nos muestra que somos criaturas vinculadas con nuestro Creador.

En definitiva, somos seres segundos, criaturas de un Creador que es origen de quiénes somos y del resto del universo, que tiene sentido personal que sí se alcanza del todo, y por tanto, puede revelarnos las personas que somos.

3. *El hombre como ser generoso*

Este buscar y no encontrar una réplica personal, es decir, no encontrar en nuestro interior la persona que somos, nos abre un abanico de posibilidades (siguiendo un esquema del profesor Sellés⁹):

a) Pensar que la persona es un absurdo. Que ha sido defectuosamente creada porque tiene capacidad para saberse ella misma y sin embargo no la tiene para encontrarse de todo. Cuanto más sé de mí misma más preguntas me surgen. Se trata de una compañía precaria, un conocimiento incompleto, una intimidad solitaria. Esto se traduce en algo de lo que tenemos experiencia: nuestros monólogos interiores que nos acompañan siempre. En este caso habría una frustración de fondo en cualquier persona que no se podría resolver. Un absurdo de base. Seríamos criaturas con un deseo del corazón que no podría en ningún caso colmarse. Pero vemos en la naturaleza, en la belleza del universo que nos rodea y en las demás personas, una complejidad, un orden maravilloso que nos habla de un sentido, de una finalidad y no de un absurdo. Porque si la persona es absurda, lo sería el resto de la creación.

⁹ SELLÉS, J. F., *Antropología para inconformes*, RIALP, Madrid, 2011, pp. 518-519.

Luego esta aparente paradoja debe tener solución y por eso el hombre continúa su búsqueda.

b) Abrirnos a la intimidad de otras personas en la búsqueda de ese conocernos íntimamente sería el siguiente paso. Y esto nos llevará a descubrir que si bien no podemos iluminar nuestra propia intimidad, sí podemos iluminar la intimidad de otros y así poder conocernos de forma indirecta, y conocer a los demás. Somos necesitados de la correspondencia de otras personas. Pero de nuevo la experiencia nos manifiesta que no podemos conocer del todo al otro. No llegamos a alcanzar el ser, ni propio ni ajeno, del todo. La coexistencia con nosotros mismos y con las otras personas no responde enteramente a nuestra búsqueda radical de sentido propio, de réplica que responda a los anhelos del corazón. Por lo que, si aceptamos que la persona no es absurda, la búsqueda no termina en los demás.

c) Abrirnos a la búsqueda de una persona que sí se conozca enteramente a sí misma y a nosotros, por lo que podría ofrecernos nuestro sentido personal definitivo. Es claro que no nos damos el ser a nosotros mismos. Somos criaturas, seres creados. Y el Creador debe ser una persona, pues no tendría sentido que algo inferior creara a alguien, y por tanto un ser superior. Coexistir con nuestro Creador nos puede revelar quiénes somos y así dar sentido definitivo a nuestra existencia. Pero la coexistencia con el Creador, como ya mencionamos anteriormente, no parece estar diseñada para la situación actual, para esta vida. Parece que estamos diseñados para otro tipo de existencia. La intimidad personal, siendo luz, es silenciosa y permanece oculta a nuestros ojos y solo la conocemos a través de sus manifestaciones. Aun así, en nuestras circunstancias, podemos tener la antesala de la vida definitiva para la que nos ha diseñado nuestro Creador: Dios se ha acercado al hombre a través de Cristo. Él se ofrece como luz para cada uno. Dios Padre en su búsqueda de réplica como persona que es, con un conocimiento completo, acabado y perfecto engendra desde toda la eternidad a la persona de

Cristo, que por ser Dios y hombre puede responder a la necesidad de réplica, de sentido personal, que llevamos en nuestro interior.

4. *Qué es la filiación humana*

Filiación es el vínculo que existe entre un hijo y sus padres. Es un vínculo estrecho que conlleva dependencia, cuidado continuo y cariño incondicional. No nos damos la vida a nosotros mismos. Nos sabemos criaturas. Radicalmente somos hijos, necesitados para poder nacer, pero también necesitados después para crecer y desarrollarnos. Quien nos da la vida naturalmente, nuestros padres, nos acogen en la familia y nos cuidan. Somos las criaturas del universo que nacemos con mayor dependencia, más desvalidas, más necesitadas de una vinculación fuerte y duradera simplemente para sobrevivir.

La filiación hace referencia a que se trata de una relación entre personas, pues es un vínculo que requiere reciprocidad. Solo los hombres podemos dar y aceptar por el hecho de ser libres. No tendría sentido hablar de filiación entre seres que no tuvieran capacidad para aceptar y dar con libertad. Es lo que nos diferencia del resto de las criaturas. Es lo propio del hombre y requiere la correlación del otro. Además conlleva la libertad esencial, la que se manifiesta, la que elige entre varias opciones: podemos corresponder, rechazar o no responder a quien nos haya dado.

En definitiva la filiación humana es un vínculo que dura toda la vida. Respecto a la relación natural con nuestros padres pasaremos por etapas en las que la relación entrañe una mayor dependencia, una necesidad para la simple supervivencia. Con el tiempo se convierte en una menor dependencia, un vínculo ya no necesario sino amoroso, y por tanto libre, pero que seguirá existiendo toda nuestra vida.

5. La persona humana como hija de Dios

También alcanzamos a ver que más allá de nuestros padres somos criaturas de Dios, quien nos da ha dado nuestro acto de ser. Esta vinculación, tanto la natural como la personal, es tan fuerte que, en palabras de Polo: "Cualquiera que sea la duración de su biografía, el hombre siempre es interpelado por la cuestión de su origen, interpelación que le encamina al reconocimiento de su carácter de ser generado, del que no puede hurtarse: no puede soslayarlo o sustituirlo. La identidad personal es, por tanto, indisociable de ese reconocimiento"¹⁰. Cuando Dios crea a la persona humana, ejerce el acto creador con cada una de ellas. A la vida recibida por nuestros padres, Dios añade la persona.

Encuadro la filiación divina en el nivel de acto de ser, tomando la perspectiva de Santo Tomás de Aquino citado por el profesor J.F. Sellés en un artículo sobre la filiación divina personal cuando dice: "una persona humana es verdaderamente hija de quien recibe el acto de ser"¹¹. Y es Dios (Origen) quien da a cada persona su acto de ser. Mediante este acto creador Dios nos da una vida añadida a la vida natural que hemos heredado de nuestros padres que nos hace a cada uno de nosotros el ser único que somos. "Se nace para ser hijo"¹², llega a decir Leonardo Polo. Luego es en esta vinculación filial en la que encontramos nuestro sentido personal, la razón de nuestra existencia.

Nos crea a su imagen y semejanza. Y, ¿en qué consiste esta semejanza? Nuestra similitud radica en los trascendentales de la persona, en lo que somos. El amar personal que somos tiene una triple dimensión: Dar, aceptar y el don, como ya hemos dicho anteriormente. Es semejanza

¹⁰ POLO, L. "El hombre como hijo" en CRUZ, J. (ed.) (1995), *Metafísica de la familia*, EUNSA, Pamplona, pp. 317-25.

¹¹ SELLÉS, J. F., *La filiación personal humana. Estudio acerca de si lo más radical de la antropología es ser hijo*. UNIVERSIDAD DE EXPREMADURA, 2006.

¹² POLO, L., *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, RIALP, Madrid 2021, p. 211.

de Dios porque también en la dinámica de la vida intra trinitaria existe una triple dimensión: Dios Padre creador, da el ser. Dios Hijo es quien acepta el ser, el amor del Padre. Y, finalmente, Dios Espíritu Santo, es el don, el mismo amor que comparten. De modo que dar, aceptar y don es Dios que es Trino. El amor personal como ya dijimos anteriormente debe tener destinatario. En la búsqueda de nosotros mismos encontramos que nuestro Creador es el único que puede darnos a conocer nuestra intimidad por lo que aceptar su amor e intentar corresponderle nos vincula a Él. Solo mediante esta vinculación, que por ser amorosa y radical es filial, llegamos a descubrir quiénes somos y a darle sentido pleno a nuestra existencia.

El conocer personal, la luz transparente que busca la réplica sin llegar a encontrarla enteramente es semejanza de Dios. Somos semejantes a nuestro Creador en el sentido de abiertos a nuestra propia intimidad aunque en Él no se dé la incapacidad de réplica, de conocimiento propio total. En lo ordinario acudimos a expertos que nos den luz sobre nosotros (médicos, profesores, técnicos, ...) y abandonamos nuestro propio juicio frente al juicio del experto. Nos dejamos aconsejar con la certeza de que hemos depositado nuestra confianza en alguien que arroja más luz sobre algún aspecto nuestro en particular de la que podríamos tener nosotros mismos. Respecto a la persona que somos acudimos a Dios. Es lo más lógico. Es quien nos ha creado, quien nos conoce enteramente y por tanto quien puede darnos ese sentido personal definitivo que buscamos y que no logramos encontrar fuera de Él. Solo Él puede acompañarnos totalmente, desvelarnos quiénes somos y cómo somos.

La coexistencia también es característica propia de Dios y de la persona humana. Y es existir con, lo que nos dice que desde el momento en que llegamos a la vida estamos vinculados con nuestro Creador.

Esta semejanza heredada de la criatura con su Creador puede incrementarse, como en el caso de los padres naturales o adoptivos, por

la cercanía y la convivencia, o todo lo contrario, en aras de la libertad ejercida a lo largo de la vida. 'El Padre nos ha creado en el Hijo, nos mira a través de él y, por su mirada, imprime en nosotros la semejanza de su Hijo'¹³. La persona de Cristo puede abrirnos este misterio insondable que somos.

Todo lo anterior habla de vinculación, de rasgos semejantes, de dependencia, de cuidado y cariño incondicional. En definitiva, de filiación. Cada uno de nosotros tiene una relación desde el mismo momento de su llegada al mundo de quien es su Origen. Dependencia que habla de aceptación, donación, cuidados, en definitiva de relación paterno-filial entre la persona y su Creador.

Conclusión

Dios crea a cada persona con un acto creador único y se vincula con ella de por vida. En ese acto creador se nos regala la vida añadida que refleja semejanza heredada y no cesa en ese momento, sino que se mantiene de por vida. Esa relación que conlleva semejanza, cuidado, cariño, dependencia, es lo que llamamos relación de filiación-paternidad. Por tanto, todos los hombres somos hijos de Dios a nivel personal pues ha sido Él quien nos ha dado el acto de ser por el que 'somos quienes somos' cada uno. Se trata de una vinculación que es radical, en el sentido que no es adquirida, sino que se da desde el principio mismo de nuestra existencia. Y porque somos libres, está sujeta a nuestra aceptación, que se concretará a lo largo de nuestra vida con nuestras decisiones que definirán si nuestra semejanza con Dios se acrecienta o no, si seremos mejores hijos de Dios a medida que va pasando nuestra vida o decidimos alejarnos de Él, aunque siempre seguiremos siendo hijos suyos, pues nos ha creado a cada uno en un acto personalísimo a su imagen y semejanza y nos mantiene en la existencia.

¹³ PHILIPPE, J., *Si conocieras el don de Dios*, RIALP, Madrid, 2016, p. 24.

Bibliografía

- POLO, L. "El hombre como hijo" en Cruz, J., *Metafísica de la familia*, EUNSA, Pamplona, 1995
- Nominalismo, idealismo y realismo*, EUNSA, Pamplona, 1997.
- Presente y futuro del hombre*, RIALP, Madrid, 2019.
- Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo*, RIALP, Madrid 2021.
- S. AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1, 1.
- S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, RIALP, Madrid, 1973.
- SELLÉS, J. F., *La filiación personal humana. Estudio acerca de si lo más radical de la antropología es ser hijo*. UNIVERSIDAD DE EXPREMADURA, 2006.
- Leonardo Polo*, *Philosófica*, enciclopedia filosófica online, versión de archivo 2013. ISBN 2035-8326.
- Antropología para inconformes*, RIALP, Madrid, 2011.
- VAN THUAN, F.X., *Cinco panes y dos peces*, CIUDAD NUEVA, Madrid, 2001.